

nunca; no todo lo que fatiga y cansa es indicio de sano y útil desenvolvimiento; ese es el error. En cuánto al valor moral de la literatura latina, no lo tiene para los adolescentes; lo tiene indirectamente para los adultos merced á su precisión soberana, á su aptitud para expresar ideas generales, á la gracia incomparable (por lo mismo que no puede jamás desvestirse de su gravedad congénita) de sus divinos poetas; merced á la elocuencia intensa y profunda, por condensada, de sus admirables prosadores. Y este valor moral proviene de sus virtudes como disciplina mental, que trasciende á la dirección de la conducta más de lo que parece. Pero ésta es la literatura latina, no la gramática, siempre odiosa para los jóvenes. Y aquí tocamos el error capital que ha presidido entre nosotros á este debate: en la escuela secundaria no pueden los alumnos ponerse en contacto con los grandes modelos literarios latinos, sino por fragmentos, y al través de ingratos y prolongados análisis gramaticales; jamás puede llegarse á trabajos sintéticos ni á verdaderos estudios literarios; semejante gimnasia suprimiría, de hecho, cualquier otro estudio.

El Congreso comprendió, pues, el pensamiento de su comisión proponente, y haciéndose cargo de que todo el mejoramiento es un trabajo de selección y de que toda selección trae aparejado el sacrificio, se resignó, no sin profunda pena para muchos, yo lo aseguro, á sacrificar el estudio del latín, que excelente y hasta indispensable como coronamiento de toda educación literaria, no tenía, como base, este atributo de suprema necesidad.

Y nosotros, hijos, no de los latinos, sino de los neo-latinos, nosotros los escolares hispano-americanos que nos hemos tenido que consolar con Virgilio de la falta de Homero, con Marco Tulio de la de Demóstenes y Platón, y con nadie de la ausencia de los trágicos que armonizaron

en su alma augusta todas las cuerdas de la poesía helénica, y con nadie de la falta de los filósofos que removieron todos los problemas é interrogaron todas las ideas, habremos de resignarnos á buscar consuelos ciertos de la pérdida de Virgilio en Garcilazo, en Balbuena, en Bello; de la de Horacio, en Luis de León, en Rodrigo de Caro, en Agrensola; de la de Cicerón, en Granada y Cervantes; de la de Lucano, en Herrera y Quintana, y del eclipse de Plauto y Terencio con el fulgor incomparable de Calderón de la Barca y de Nuestro Alarcón.

La Geografía y la Historia, no sólo porque preparan admirablemente al estudio de la Sociología, la primera estudiando el medio físico y social en que se desenvuelven las especies humanas y poniendo de relieve las condiciones externas del progreso y el resultado de los esfuerzos hechos por el hombre para modificar esas condiciones, y la segunda porque muestra esas condiciones y esos esfuerzos en acción y reacción perpetua dentro del drama eterno de la civilización; la Geografía y la Historia, conocimientos que participan de caracteres científicos, concretos la una y literarios la otra, sirven en el plan aceptado por el Congreso, de sistema intermediario entre el programa técnico y el literario, sistema intermediario que es indicio de perfección en los organismos y en los grupos humanos.

Pero para que el conjunto del plan fuera verdaderamente educativo, necesitaba ser *integral*, es decir, no desentenderse del ejercicio de una sola facultad, sino desenvolver en el adolescente al hombre entero, y de aquí el programa de conferencias que preparando el terreno para adquisiciones mentales superiores, y relacionándose gradualmente á la adquisición mental realizada ya, pone en movimiento, para llegar á este fin, todos los resortes de la imaginación y la sensibilidad. Como tránsito entre el sistema de desenvolvimiento psí-